



FRAY GREGORIO DE LA CONCEPCION

Fué Fray Gregorio uno de los pocos insurgentes que tuvo el cuidado de escribir una relación de los sucesos que presenció y en los que tomó parte, y aunque esta relación está escrita muchos años después de aquéllos y contiene algunas exageraciones ó inexactitudes, es un documento curioso é importante que sirve mucho para pormenorizar la historia de la revolución en San Luis Potosí y el viaje de los primeros caudillos á Saltillo.

Nació el autor en Toluca, el año de 1773, y tenía los apellidos Melero y Piña, que abandonó al ingresar á la religión carmelitana, para llamarse Fray Gregorio de la Concepción; de Toluca, donde permaneció algún tiempo después de haberse ordenado, pasó por algún tiempo á Oaxaca por el año de 1801 y luego al convento del Desierto en Tenancingo, donde residía á principios del año de 1808. Allí recibió orden de trasladarse en calidad de predicador á San Luis Potosí, para donde salió en 9 de Julio; el 19 del mismo, según él mismo refiere, llegó á San Miguel el Grande, y como iba algo escaso de recursos, comisionó á un criado para que le vendiese algunos libros, circunstancia que le hizo entrar en relaciones con Allende, Abasolo y Aldama, el menor, (Don Juan); en la conversación se habló de la situación de España, que acababa de ser invadida, y aunque no se franquearan enteramente todos los interlocutores, com-

prendieron que el mercedario estaba tan cansado de la dominación española, como ellos. En Dolóres saludó á Hidalgo, para el que llevaba carta de Allende, y que lo trató bien cuando leyó la carta; lo puso al tanto de los proyectos de insurrección que ábrigan, y le advirtió que sólo estaban en el secreto los cuatro nombrados y Arias.

Este dato es importante para fijar la fecha en que empezaron á trabajar por la Independencia Hidalgo y Allende, y de ser enteramente cierto, prueba que esos trabajos fueron anteriores á los de las Juntas de Valladolid. De todas maneras, indican que la idea de la emancipación había brotado entre los militares y que éstos procuraban hacer prosélitos.

Fray Gregorio siguió su camino á San Luis y con frecuencia se carteaba con Hidalgo, el cual lo tenía al tanto de sus adelantos; cuando estaba para estallar la revolución, envió á Lanzagorta para que propagase la idea en la ciudad; pero el haberse adelantado el día del levantamiento y la actitud que asumió Calleja, frustraron el plan. Lanzagorta y Zapata, otro complicado, fueron encerrados en el convento, al que á poco llegó con el mismo carácter el lego Herrera. Sin embargo de estar presos, siguieron conspirando, de acuerdo con Fray Gregorio, el lego Villerías y el oficial del Regimiento de lanceros de San Carlos, Don Joaquín Sevilla y Olmedo, que se comprometió á facilitar armas de las que tenía en guarda y á seducir á su tropa. Adelantaron bastante en sus trabajos, á pesar de la vigilancia de las autoridades, y sólo esperaron la salida de Calleja para alzarse y para llamar en su auxilio al insurgente Iriarte, que ya estaba levantado en armas. En la noche del 10 de Noviembre y la madrugada del 11, se llevó á cabo la revolución, que entregó la ciudad á los insurgentes; Fray Gregorio aprehendió á los religiosos europeos que había en el convento, y puso en libertad á los presos políticos, que eran unos doscientos cincuenta; de acuerdo con Lanzagorta, Sevilla y Villerías, llamó por correo extraordinario á Iriarte, que se negaba á entrar, y que al fin se re-

solvió á hacerlo el día 13, pero una vez que estaba ya dentro de la población, desaprobó todo lo hecho y puso presos á los principales cabecillas, con el único objeto de que debiéndole á él la vida, fuese el único á quien reconocieran como jafa. Villerías y Fray Gregorio consiguieron, no obstante, escaparse, y mientras el primero fué en busca de Allende á Guanajuato, el segundo se refugió en la hacienda del Pozo, perteneciente á la Orden, y allí permaneció hasta que el Mariscal Jiménez le mandó alguna gente y el nombramiento de General.

Con este título exigió el dinero que allí se guardaba y que excedía de \$300,000 y se llevó la caballada, las reses y las armas que encontró. Armó á su gente y procuró aumentarla para incorporarse á Jiménez, como lo hizo, en Charcas; procuró atracrse á la tropa disciplinada de los presidios y consiguió su objeto, logrando con sus dádivas que la gente de Cordero se le uniese en la acción de Agua-nueva, y que aprehendiese á su jefe y al segundo, Taboada, que fueron tratados bien por el mercedario. Este ocupó á Monterrey pacíficamente y sin autorizar saqueos y latrocinios, pero tuvo que retroceder al Saltillo al recibir la orden de Jiménez, el cual la dictó al saber la noticia de a derrota del puente de Calderón. Por más rápidamente que caminó no llegó á tiempo á la acción del Puerto del Carnero, y se limitó á incorporarse á varias partidas para evitar el ataque de Ochoa.

En Agua-nueva se unió á los caudillos de la insurrección, que no llegaron juntos, sino muy separados, y en el Saltillo asistió á la Junta de Generales donde Hidalgo ratificó la renuncia que había hecho, del título de Generalísimo, y en donde se dió el mando del ejército á Rayón. Fray Gregorio, que entonces recibió el nombramiento de Vicario General Castreño de los ejércitos insurgentes, nos da razón de los toros y festejos que había en la ciudad en honor de los Generales á quienes la traición acechaba ya. En vano fué que recibiesen la noticia de la contra-revolución de Béjar y que continuamente tuviesen razón de defecciones y aprehendiesen espías; Allende, que

no conocía á los hombres que habían hecho la revolución por aquel rumbo, confiaba en Jiménez, éste, á su vez, descansaba en la lealtad de Aranda y en las candorosas seguridades que le daba Fray Gregorio; por último, aquél no creía que lo traicionasen, y éste no se imaginaba siquiera que hubiese traidores, ni menos aún que Elizondo fuese uno de ellos. Todavía el día 20 de Marzo se recibió un correo de este militar y cuatro guajes de agua; recomendaba que el ejército fuese dividido en tres trozos y á retaguardia, pues escaseaba tanto la agua en las norias, que si llegaban cincuenta personas juntas, no alcanzaba para todas;" todo lo creí, dice el mercedario, y jamás pensé semejante traición." La fatalidad se encargó de cegar á los hombres que tenían á su cargo velar por la seguridad de los caudillos.

El 21 de Marzo fué hecho prisionero Fray Gregorio por el mismo Elizondo y por el padre Borrego, que lo acompañaba; como se había adelantado, fué el primer aprehendido, á las ocho de la mañana, y aunque trató de seducir á un soldado para que fuese á avisar á los caudillos lo que pasaba, no lo consiguió; presencié todos los sucesos de aquel día memorable, y acudí á auxiliar á Arias, que estaba moribundo, á causa de las heridas que había recibido; presencié en seguida el desfile de los prisioneros, que eran más de quinientos, y que estaban despojados de sus sombreros, casacas y zapatos.

Se le condujo á Monclova con los sacerdotes y allí fué engrillado, como todos; su relación da cuenta exacta del trato indecoroso que les daban sus guardianes, y del temor que tenían, de que Rayón tratara de libertar á los caudillos. Salcedo y Elizondo, que disponían de pocas tropas, procuraron enviar á los prisioneros á diferentes puntos. En Parras fueron separados los sacerdotes, porque se les destinó á Durango, en tanto que Hidalgo y los militares y civiles siguieron para Chihuahua. El Ilustrísimo señor Olivares, Obispo de la Diócesis tomó decidido empeño en que ninguno de los sacerdotes fuese fusilado, y aun parece

que procuró hacerles saber que mientras él viviese no serían ejecutados; en vano fué que la autoridad militar tuviese agrias contestaciones con la eclesiástica. El Obispo cumplió su palabra y durante más de un año los sacerdotes presos estuvieron en estrecha prisión; pero apenas falleció el Prelado, el Comandante Bonavía se apresuró á ejecutar las siete sentencias de muerte que se habían dictado, y lo hizo con tanta precipitación, que informó á su superior de la ejecución, aun antes de que ésta se verificase: "Como ese día salió el correo temprano, nos pusieron por muertos, dice el mercedario en su relación, á los siete sentenciados, y por eso estoy en la Gaceta entre los muertos."

Fray Gregorio debió su salvación á la oportuna llegada á Durango, de Salcedo, el cual se interesó por él y tanto dijo á Bonavía en abono de la conducta del religioso, que consiguió que lo dejase en absoluta libertad. Esperaba un convoy para regresar á su convento, cuando habiendo averiguado su superior de San Luis Potosí que estaba vivo, á pesar de la noticia de su muerte, publicada en la Gaceta, le instruyó sumaria en la que declaró "hasta el mozo campanero para que dijera que la noche del levantamiento le mandó que quitara los cueros de las campanas," y consiguió que nuevamente fuese encarcelado y que se viese otra vez en inminente riesgo de ser fusilado. El General Don Alejo García Conde, la familia Pescador y toda la sociedad duranguense se interesaron por el preso y consiguieron que de momento no se ejecutase la sentencia; pero pasó cuatro años encerrado en un calabozo y temiendo cada día que lo sacasen para llevarlo al suplicio; contrajo un fuerte reumatismo que le duró todo el resto de su vida, y al cabo hubiera sido pasado por las armas, si no consiguiesen sus protectores que se le enviase á San Luis Potosí.

Aunque en el camino y en esa ciudad sus trabajos fueron mayores, consiguió que el Consejo de Guerra que se le formó y en el cual su Fiscal, el Lic. Bocanegra, que después fué Presidente de la República, lo

trató con bastante benignidad, lo condenase á destierro perpetuo en Ceuta, á donde fué enviado á fines de 1816; en la cárcel de Cádiz encontró á cinco sacerdotes mexicanos desterrados, como Fray Gregorio, por insurgentes; consiguió no pasar á Africa y al restablecerse la Constitución de 1812, le alcanzó una amnistía que le permitió regresar á México. Llegó cuando ya estaba casi hecha la Independencia, en 1821, y después de mucho impetrar y probar sus padecimientos, consiguió una pensión de un peso diario y secularizarse. En vano fué que siguiese solicitando: "para mí siempre falta y está la Nación recargada," dice tristemente al final de su relación, escrita el año de 1830.

No obstante esto, se le reconoció el grado de General de división en el ejército, y se le dió el mismo nombramiento que le confirió Allende, el de Vicario General Castreñce, aunque sin todos los sueldos anexos á esos empleos. Radicado en Toluca durante los últimos años de su vida, allí falleció en el año de 1843.
